ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

DISCURSO DEL CORONEL H. S. OLCOTT

Presidente de la Sociedad Teosófica

EN EL TERCER CONGRESO DE LA FEDERACIÓN DE LAS SECCIONES TEOSÓFICAS DE EUROPA

HERMANOS: Con vivisimo placer he aceptado vuestra invitación para presidir este tercer Congreso de las Secciones europeas de la Sociedad Teosófica, porque el sistema de Federaciones locales, de Convenciones nacionales y de Congresos internacionales me ha parecido desde su origen uno de los más útiles. Es, en efecto, una manera de practicar los principios de fraternidad de nuestra Sociedad, y el mejor de que disponen nuestros miembros para conocer á sus colegas de otras ciudades y otros países. Una visita, por breve que sea, vale más que toda comunicación escrita para establecer entre nosotros lazos de amistad y despertar en nuestra alma el espíritu de fraternidad y unión para el bien.

La celebración de este Congreso en París, y la gran afluencia á él de individuos de todas las nacionalidades, algunos de los cuales han venido de países muy lejanos para estrechar el círculo de nuestras amistades y testificarnos que están prontos á dar con nosotros un gran impulso al movimiento teosófico, tienen para mí, aún más que para vosotros, una significación profunda, porque por eso puedo juzgar la grandeza y vitalidad del movimiento teosófico.

En la época en que Mad. Blavatsky y yo vinimos aquí—en 1884—contaba con muy pocas esperanzas el movimiento europeo, dejando á un lado el del Reino Unido. En París existían tres reducidos grupos de estudiantes: uno, á cuya cabeza se encontraba lady Caithness, duquesa de Pomar; otro, el doctor Fortín, y el tercero, M. Leymarie. El primero y el tercero de estos grupos se ocupaban más ó menos de espiritismo, y el segundo, más ó menos de una especie de ocultismo.

Un poco después, un hombre de gran carácter tomó parte en el movimiento: M. Dramart; luego otro, Eduardo Coulomb, que por casualidad llevaba un apellido descalificado en las Indias por una persona que no tenía ningún lazo de parentesco con él. Tuvimos también con nosotros á M. Arthur Arnould, literato muy conocido y dotado de grandes cualidades. Se formó una nueva rama y se trabajó un poco. Tuvimos igualmente en la persona de Mons. F. K. Gaboriau un colega entusiasta y ardiente trabajador. En esa misma época comenzaron nuestras relaciones con un francés, uno de los corazones más nobles que he tratado. Me refiero á Pablo Tourniel, cuya muerte reciente ha sido para nosotros un golpe muy cruel. A pesar de todo, hasta una época relativamente próxima, la vida de nuestras ramas francesas fué precaria, como si no contasen en su seno ningún hombre que pudiese, en el círculo formado en torno suyo, producir una corriente vital que animara á nuestro movimiento y diese á las ramas una suficiente fuerza de resistencia.

En el momento que visitaron los fundadores á París—en 1884—, nuestra Sociedad no contaba sino con una fracción de su fuerza actual. Nuestras estadísticas oficiales acusan que hasta fines de aquel año no se expidieron más que 99 títulos para las ramas, mientras que á fines de 1905 se habían expedido 850. Puedo añadir, para daros una idea de la gran vitalidad del movimiento actual, que durante los doce meses que finan en Diciembre de 1904 expedí 55 títulos, y durante el año siguiente 61.

Como he explicado ya en mi última Memoria anual, nuestra Sociedad, como todas las Sociedades del mundo, ha sufrido pérdidas de miembros y disoluciones de ramas, de tal suerte que desde 1875 hasta fines del año último, 186 ramas han desaparecido por causas interiores, además de las 85 que si-

guieron á la excisión de Judge. Pero no puede decirse que el número de ramas desaparecidas sea considerable si se tiene en cuenta el carácter heterogéneo de nuestros miembros, pertenecientes á razas diversas y teniendo tantos prejuicios religiosos y nacionales.

En resumen: á pesar de todo, podemos contar por el momento, según la última Memoria, con 579 títulos existentes. Esto es completamente sorprendente, y puede decirse un caso único en los anales de las organizaciones modernas.

La Sociedad está actualmente en actividad en 44 países diferentes, porque al núm. 43 del año último debe añadirse un país nuevo, Turquía. Un título para una rama de Salónica acaba de expedirse hace unos días, después de mi llegada á París.

*
* *

La sorprendente ignorancia que he hallado cuando he venido á Europa, en lo que se refiere á la situación del Centro ejecutivo de la Sociedad, me lleva á dar algunas explicaciones sobre este asunto.

Algunos piensan que los cuarteles generales están en Calcuta, otros creen que están en Bombay, mientras que en realidad están en Adyar, en la circunscripción de Madras. Allí está mi residencia oficial; allí están los Archivos de la Sociedad y la Biblioteca, una de las más importantes del mundo por la riqueza de su colección de libros y manuscritos orientales. Desde allí se expiden oficialmente todos los títulos para las Secciones, así como los diplomas para los miembros.

Como muchas personas, tanto en Inglaterra como aquí, me han preguntado cómo he dejado á Mad. Besant—como si ambos viviésemos bajo un mismo techo—, diré sencillamente que Benarés, donde ella vive, dista de Adyar cerca de un millar de millas.

En mis oficinas de Adyar se reunen todos los hilos de influencia que unen á las once Secciones nacionales de la Sociedad para formar un todo, de tal suerte, que lo que puedo ver del movimiento teosófico puede considerarse como una visión de conjunto, universal, mientras que lo que pueden ver un gran número de nuestros miembros es muy reducido; desde el punto de mira en que se encuentran no pueden tener sino una

vista general que podría calificarse de *nacional*, por tener como centro la capital del país, foco del movimiento.

No podéis comprender verdaderamente la extensión del movimiento en que participáis si no dejáis correr vuestro pensamiento á través de los continentes y los océanos; visitar las ramas del norte de Suecia en el círculo polar, y de allí descender á la extremidad sud de Nueva Zelanda, deteniéndoos luego en Adyar, nuestro centro oficial, corazón de donde emana, con prepotentes pulsaciones, la ola nutritiva que mantiene vivas todas las ramas y todas las secciones á través del mundo.

Todo el secreto del persistente vigor de nuestra Sociedad está en que su programa se halla redactado de un modo que excluye todos los dogmas, todas las contiendas sociales, todas las causas de lucha y de discusión que engendran las disputas de sexo, de raza, de religión y de fortuna, y en que hace del altruísmo, de la tolerancia, de la paz y de la fraternidad la piedra angular sobre que descansa. El objeto de nuestra Sociedad es mantenernos despiertos continuamente ante un Ideal espléndido, estimulándonos en la observancia de la ley de Oro, que dice: «Haz á los demás lo que quieras para ti». No pretenderé por un instante que hayamos alcanzado vivir conforme á nuestro Ideal. Lejos de eso; pero el mero hecho de la persistencia de nuestra Sociedad entre tantas vicisitudes y su potente vitalidad actual son una prueba de lo que hemos hecho en ese camino.

Hemos sufrido una multitud de crisis y de golpes, á través de los cuales la Sociedad ha pasado intacta, como pasará á través de los que aún sufrirá inevitablemente.

Hay una cosa que jamás olvido por mi parte—y que son libres de olvidar los otros—, y es que los mahatmas, que me han concedido la insigne dicha de conocerles personalmente durante muchos años, que los mahatmas, repito, velan por nuestro movimiento y conceden su ayuda á cada uno de nosotros que lo merecen. Bajo tales auspicios, la Sociedad no perecerá jamás mientras quede para sostenerla un simple puñado de hombres confiados, valerosos y desinteresados.

* * *

Un reproche que se ha hecho á la Sociedad Teosófica, más particularmente en Francia, donde la cuestión social está á la

orden del día, es que mientras declaramos hacer de la fraternidad nuestro principal Ideal, no hacemos nada para practicarla, y no formamos, por ejemplo, Sociedades con un fin social y caritativo.

Semejantes objeciones se basan sobre una interpretación completamente errónea del carácter constitutivo de nuestra Sociedad. El objeto de nuestra Sociedad es lanzar ideas que puedan beneficiar al mundo entero; dar claras y justas concepciones de los deberes del hombre para el hombre y los medios de asegurar la paz y la buena inteligencia entre las naciones; mostrar cómo el individuo puede asegurarse por sí mismo la dicha y esparcirla alrededor suyo formando una línea de conducta definida, y mostrar cómo la ignorancia, que el gran adepto Buddha declaraba ser el origen de todas las miserias humanas, puede disiparse. Uno de los principales objetos de nuestra Sociedad es, efectivamente, descubrir y exponer las bases fundamentales sobre que descansan todos los sistemas religiosos, persuadiendo á los hombres á arrojar lejos de sí toda sombra de dogma, á fin de hacerlos tolerantes y benévolos con los que tienen otra creencia distinta. Jamás hemos imaginado amontonar capital, como Sociedad, para organizar otras Sociedades de cualquier naturaleza que fuesen sociales, religiosas ó comerciales, y por mi parte me he opuesto siempre, desde el principio, á toda tentativa dirigida á hacer á la Sociedad responsable de las preferencias particulares y de los prejuicios de sus miembros. Yo rechazo en absoluto todos los actos, por inofensivos que en sí parezcan, que puedan menoscabar nuestra neutralidad constitutiva. Los miembros de la Sección Francesa recordarán á este propósito que recientemente he tenido que desaprobar el paso de una resolución que expresaba la simpatía de nuestra Sociedad respecto de la obra, en favor de la paz, de otra Sociedad.

El día en que, mal aconsejados, abandonásemos el terreno neutral sobre el que hemos crecido y prosperado para manifestar nuestra común simpatía por las Sociedades de templanza, sociales, antiesclavistas, esotéricas, masónicas ó caritativas, ese día no tardaríamos en caer en el caos; nuestras manifestaciones de simpatía se considerarían muy pronto como mercancía de pacotilla, y toda nuestra dignidad actual quedaría sacrificada á todas las efusiones de una sentimentalidad sin

examen. Enójame hacer tal advertencia á mis colegas; pero yo prefiero mil veces sacrificar la buena opinión que tengan de mí á guardar silencio mientras en su inexperiencia se esfuercen en subir nuestro coche á la cumbre de una pendiente al fin de la cual se halla el abismo que la lleve á la ruina.

Yo espero que todos comprenderéis que si defiendo los derechos de la Sociedad como cuerpo, no tengo la menor idea ni el menor deseo de tocar en lo que atañe, en cualquier respecto, á la libertad de cada uno. Al contrario, simpatizo con todos mis colegas que se esfuerzan en tomar parte en los movimientos en favor del bien público y aliento esas tendencias. Yo voy más lejos aún, dando el ejemplo por mí mismo, trabajando por la difusión de la educación entre los buddhistas de Ceylan y entre los parsis del sud de la India. Soy igualmente administrador y entusiasta del Colegio Central Hindo *(The Central Hindu College)* que dirige Mad. Besant en Benarés, y, sin embargo, ni Annie Besant, en su obra sobre los hindos, ni yo en mi obra por los buddhistas, tenemos la menor idea de referir la responsabilidad de esas obras á la Sociedad Teosófica.

Otro reproche hecho á la Sociedad es que ella parece solidarizar con el conjunto de esas pequeñas Sociedades ocultas, algunas de las cuales tienen un carácter notorio de inmoralidad, puesto que venden filtros amorosos, recetas para las especulaciones de bolsa y la lotería, que predicen el porvenir, etcétera, etc. Creo inútil decir á ninguno de los miembros más antiguos que nuestra Sociedad nada tiene que ver con esos pequeños centros donde se cultiva el egoísmo y la superstición. Esos microbios sociales han existido siempre sobre la superficie de la sociedad humana, y toda corriente poderosa, como la de nuestro movimiento, les incita á vivir.

Siento tener que decir que he encontrado en muchos países algunos miembros nuestros que dejándose guiar por su sed de lo oculto y el misterio han patrocinado toda clase de mostradores de fenómenos y han sido fácilmente alistados como discípulos de esos explotadores de la credulidad humana. Y es que hasta el presente, todos nuestros miembros no han comprendido aún la diferencia que existe entre los verdaderos *siddhis* ó poderes espirituales—tales como los describe Patanjali, el gran fundador de la filosofía hinda del yoga—y los poderes psíquicos elementales de gentes sin instrucción ni educa-

ción, y frecuentemente histéricas, que dan sesiones pagadas ó gratuitas. No sabe, con todo, uno insistir sobre la extrema importancia que existe en el establecimiento de una distinción entre esas manifestaciones.

Las facultades psíquicas son como espada de acero que se halla en un rincón de nuestro cuarto, que puede emplearse para un bueno como para un mal uso.

La clarividencia retrospectiva ó profética, la clariaudiencia, la facultad de hablar ó escribir en lenguas que uno no ha estudiado, de mover objetos pesados sin tocarlos, de leer el pensamiento, de viajar en cuerpo astral, de revelar dibujos ó escrituras sobre el papel ú otra materia, de ver y describir personas ausentes, etc., etc., no son de ningún modo una prueba de la pureza y elevación del carácter ó de la evolución espiritual de los que poseen tales dones. He conocido gentes que poseían de una manera extraordinaria una ú otra de esas facultades y que eran perfectamente inmorales y embusteras.

Patanjali nos recomienda especialmente evitar á toda costa querer ganar esos poderes psíquicos y entregarse así á ellos en aquel sentido, porque extravían al peregrino de la gran ruta que conduce á la cumbre de la montaña del desenvolvimiento espiritual. Ellos no son sino la espuma que flota en la superficie del agua sobre la que navega nuestro yo superior para llegar al puerto del adeptado.

Mientras nos ocupamos en este asunto deseo impresionar vuestros espíritus diciéndoos que en el sendero que asciende no hay ningún obstáculo más peligroso que la credulidad. La primera lección que el adepto enseña á su discípulo es servirse de su razón y de su buen sentido en todas las cosas.

Ninguna enseñanza debe tomarse como inspirada y ningún maestro ha de considerarse como infalible. «Obra», me escribía un maestro cuando comenzaba á enseñarme, «obra como si no existiésemos. Haz tu deber como lo veas, sin inquietarte por sus resultados. No esperes nada de nosotros y, sin embargo, está presto para todo».

Esa fué una lección para toda mi vida, y desde entonces he procurado seguirla. En los primeros tiempos yo tenía una inclinación á tomar como indiscutibles las enseñanzas que recibía por mediación de Mad. Blavatsky. Cuando no seguía ciegamente sus instrucciones temía desobedecer, sin quererlo, el

deseo de los Maestros. La experiencia me ha curado de eso, y poniéndome en el camino de practicar el buen sentido, desde entonces no he tenido nada de qué lamentarme:

Transmito esta lección á vosotros mis amigos, que comenzáis con la esperanza, que al comienzo de vuestra carrera haréis bien en vivir según el consejo de un hermano mayor en la experiencia de materia psíquica hace ya cincuenta y cinco años. No os dejéis guiar por un exceso de credulidad para aceptar como infalibles una línea ó una sola palabra escritas ó dichas en nuestro movimiento después de los días de H. P. B., una sola línea ó una sola palabra que podrán ser escritas ó pronunciadas para lo futuro. No creáis ciegamente que un orador ó un escritor, porque tengan talento, deben ser necesariamente más santos que vosotros; pero no caigáis, por otra parte, en el error de imaginar que porque uno de vuestros instructores por debilidad moral ó por error pasajero deje de personificar el ideal del hombre perfecto, se halle, por consecuencia, incapacitado para daros enseñanzas del más elevado alcance. Recordad, pues, amigos míos, que actualmente ignoramos mucho de las relaciones que existen entre el psiquismo y la espiritualidad; no conocemos la línea divisoria entre ellos, é ignoramos hasta qué punto una persona físicamente contaminada puede utilizarse como medio de transmisión de las sabias enseñanzas que emanan de los Maestros.

¿No se impone á vuestro buen sentido que, dada la población del mundo, de esos mil quinientos millones de almas, todas bajo la vigilancia de los Guardianes de la raza, no se os impone que es necesario que exista un número inconmensurable de agentes intermediarios que obran bajo la dirección de los Hermanos Mayores para ejecutar sus planes, para facilitar la operación de la ley del Karma?

¿Habéis supuesto por un instante que los Maestros tienen á su disposición un número suficiente de intermediarios absolutamente puros y sin mancha para hacer tal servicio?

Hace años yo escribí un opúsculo sobre *El ascetismo*, en el que hablo de una reprensión que me infligió en Bombay un Maestro. Se me pedía indicar entre los miembros de la Sociedad en las Indias á la persona que yo juzgase como la más brillante desde el punto de vista espiritual. Yo indiqué á una cuya consagración á la Sociedad era grandísima, y cuya conducta

personal era irreprochable; pero se me dijo que debía haber escogido á otra persona que, aunque dada á la bebida, estaba espiritualmente más avanzada, interiormente.

Ningún hombre sensato pretendería que una persona entregada á ese vicio ó á los excesos sexuales es la mejor para ser un instructor conveniente ó un prudente consejero que una persona que lleva una vida regular. ¡Todo lo contrario! Eso quiere decir que de tanto en tanto se encuentra un sér que, á despecho de las debilidades morales de su personalidad, puede servir de canal de transmisión para altas enseñanzas.

Sin embargo, el solo hecho de la corrupción moral de una persona debe naturalmente ponernos en guardia contra los peligros de nuestra propia credulidad é impedirnos tomar sus enseñanzas á la letra sin un examen serio.

Y he aquí ahora el problema de la aberración mental, uno de los más insidiosos y peligrosos que se nos pueden presentar. Es un hecho afirmado por todas las autoridades médicas que en nuestra vida diaria nos hallamos constantemente en relación con individuos aparentemente sanos que, sin embargo, se hallan afectados de trastornos mentales por ciertas causas especiales. Semejantes trastornos pueden pasar inadvertidos muchos años, hasta que una ocasión repentina los pone de relieve, y la «inocente excentricidad» se convierte en manía aguda.

La impetuosa corriente de la vida moderna favorece el desarrollo de los estados nerviosos bajo uno ú otro de sus cien aspectos, finalizando con la falta de equilibrio del sistema nervioso; así la histeria la consideran los especialistas como uno de los malos factores en nuestras relaciones sociales.

Un médico, escritor, ha llegado á decir que nuestras grandes ciudades no son, en realidad, más que enormes asilos. Lo que se llama «genio» puede ser con frecuencia una forma de locura, y esa especie de vanidad que caracteriza á los que se consagran á las artes, á la música, á la poesía, á la pintura, á la escultura, al teatro y á la literatura se diagnostica como un signo de la histeria..... Un escritor francés dice que todo histérico quiere tener un pedestal sobre el que mantenerse y llamar la atención. La necesidad de notoriedad hace que el histérico prefiera más acusarse de un crimen que permanecer en la obscuridad. Todos habéis leído las obras de ciertos novelis-

tas, obras que denotan una falta de equilibrio mental llevado hasta el mayor extremo.

Los fundadores de escuelas religiosas han formado á veces parte en esta categoría de semilocos, ofreciéndose como inspirados y en relaciones con personajes sobrenaturales. Yo recibí hace tiempo una carta conteniendo mensajes que me remitían, decíase, los mahatmas y H. P. B. Esta carta me hablaba de grandes cambios que debían efectuarse en nuestro movimiento y en otros, y por medio de mi corresponsal, como agente de los poderes superiores. No es este el único ejemplo que tengo en mi experiencia. Desgraciadamente, esas personas que se constituyen por sí mismas en agentes del destino no saben que mucho antes de la muerte de Mad. Blavatsky fué convenida entre ambos y nuestro adepto-guru una palabra de pase, palabra que debe llevar siempre todo mensaje hablado ó escrito que tenga la pretensión de proceder del Maestro ó de H. P. B. Mientras no se me dé esa palabra no estoy dispuesto á aceptar como válido ningún mensaje que se me transmita por un medium, un vidente ó un revelador cualquiera.

La más audaz de esta especie de comunicaciones que he recibido procedía de un inglés que parece me conoció y entró en la Sociedad hace nueve años. Decía que se hallaba contrariado porque nuestros colegas, en vez de estudiar las religiones del mundo y procurar su conciliación, se habían dedicado á publicar doctrinas personales contrarias á la religión. Después me envió el siguiente mensaje que transcribo para instrucción de mis compañeros en estudio, y especialmente para los médicos, como un espécimen casi único de esta locura, de esta vanidad de orden histérico. He aquí sus palabras: «Yo lamento esto tanto más cuanto que Dios, el Creador y Dueño del Universo, el autor de todas las religiones, me ha hablado y revelado la Verdad. Esto ya os lo he comunicado en una carta inspirada que Dios me ha dictado el 9 de Junio, pero que yo he enviado á las Indias por error. Confío en que la habréis recibido. Estaba destinada á ayudaros en vuestros proyectos. Si deseáis todavía alguna ayuda procedente de Dios, estoy autorizado para recibir vuestras preguntas y contestaros. Dios está dispuesto á comunicar con usted sobre todo cuanto deseéis». Ahora bien, yo no os digo esto para divertiros y haceros sonreir, lejos de mí tal propósito.

Yo soy susceptible de sentir las delicadezas del arte, de reconocer el poder sagrado de ese arte bajo todas sus formas, de ese arte que trata de expresar las más nobles aspiraciones del espíritu humano; he aprendido por la Teosofía, cuando menos, á aceptar la idea de las posibilidades sin límites que nos da la facultad intuitiva, facultad que nos explica á nosotros mismos y que nos da á conocer la naturaleza que nos rodea y todo cuanto se oculta tras su máscara sonriente..... Lejos de mí, pues, la idea de pronunciar una palabra contra mis convicciones. Creo que hay un arte verdadero, el del artista, el del pintor, el escultor, el orador y el escritor, y también un arte de ocasión, prestado, como el que se ofrece en la vanidad exagerada, semiloco, hijo de la histeria.

Supongamos que al cabo de los años de haber saboreado las obras de alguno de nosotros, que nos ha agradado y ayudado en verdad á aprender alguna cosa, de pronto, por cualquier anormalidad ó enseñanza, nos muestra que su espíritu se halla en un estado enfermizo; nuestro ídolo podrá decirse que ha caído de su pedestal y que yace á nuestros pies; el sol de nuestra vida se obscurece para siempre, todo se ennegrece alrededor, caemos en la desesperación y perdemos todo: fe, confianza y esperanza. Bajo el golpe de un sufrimiento tan repentino, desesperados, reunimos los fragmentos de nuestro ídolo y los apartamos lejos, pero guardamos cuidadosamente el pedestal hasta que encontremos un nuevo ídolo que poner sobre él.

Comenzamos á preguntarnos, abandonados á nuestro impulso desprovisto de razón, si realmente las enseñanzas que nos ha dado la autoridad adorada de otro tiempo eran ciertas. Pasamos revista á todos sus libros, y si no los arrojamos por la ventana ó los quemamos, los encerramos ó los ponemos en el rincón más obscuro de nuestra biblioteca para que nadie pueda verlos. Semejante conducta es absurda y prueba que no estamos nosotros muy bien equilibrados. En una situación semejante deberíamos, por lo contrario, llamar en nuestra ayuda á nuestra razón y á nuestro juicio. Ahora veréis toda la profunda sabiduría de la advertencia que me ha dado el Maestro y que Buddha ha dado como la verdadera base de la exégesis religiosa en su *Kalama Sutra* ó sermón al pueblo del distrito de Kalama, en las Indias: «No creas nada, dice, sencillamente

porque esté escrito en un libro, porque lo enseñe un sabio, porque lo transmita la tradición ó lo haya inspirado un deva, etc. Créelo sencillamente cuando lo dicho ó lo escrito se recomiende por sí mismo á la razón y á tu experiencia; entonces cree y obra en consecuencia.»

Estas palabras no son exactamente las del texto, porque no tengo á mi disposición ahora un ejemplar del libro para ofrecéroslas así; pero contienen substancialmente lo que ha dicho Buddha. La primera vez que leí este discurso yo dije al gran sacerdote Sumangala, de Ceylan, que si Buddha no hubiese pronunciado más palabras que esas durante su vida, no habría perdido el tiempo en innumerables encarnaciones, dejándonos tan magnífica enseñanza.

Haciéndome eco de las palabras de Buddha, os aconsejo no paréis atención en la presunta autoridad y en la inspiración de tal ó cual de nuestros instructores pasados, presentes ó futuros, sin pesar las palabras de esos instructores con el juicio sereno de vuestra experiencia, de vuestras razones y de vuestro buen sentir.

Otro motivo de disgusto contra nuestra Sociedad es que sus miembros están dispuestos á despreciar los métodos y los resultados de los estudios de los hombres de ciencia. Una conclusión, sobre la que se precipitarían, por así decirlo, algunos de nosotros, después de una primera sesión con un psíquico, no se formula por los hombres de ciencia sino tras largas y laboriosas indagaciones, tras innumerables repeticiones de observaciones y la exclusión del menor punto vulnerable en el curso del razonamiento. Evidentemente, esas dos maneras de obtener la verdad son diametralmente opuestas; pero la diferencia no está sino en el tiempo, porque en el tiempo que empleamos en formar y rechazar una media docena de hipótesis, el hombre de ciencia, como la tortuga de la fábula, gana la carrera yendo lentamente, no dando un paso hacia adelante sin haberse asegurado del anterior.

Yo sé, naturalmente, tan bien como los demás, cuán poco simpáticos somos nosotros á esos jefes de la ciencia, gentes ponderadas, circunspectas y conservadoras; sé cuán fácilmente nos impacientamos cuando rehusan reconocer una cosa que para nosotros es clara como la luz del día. Nadie en los tiempos pasados ha hecho el proceso de sus métodos más severa-

mente que H. P. B. y yo, que hemos mostrado toda nuestra amargura sobre ese punto en *Isis sin Velo* durante los dos años que nos ocupamos en escribirla. Yo confieso haber llegado hasta inventar, con gran regocijo de mis eminentes colegas, el término de «Huxleyocéntrico sistema de ciencia».

Esto pasaba en un tiempo en que la ciencia contemporánea estaba claramente teñida de materialismo. El profesor Huxley y su eminente colega el profesor Tyndall poseían un horror igual por la palabra «intuición» y todo lo que ella implicaba. Después se han dado grandes pasos separándose de la fortaleza rocosa del materialismo hacia los confines del sonriente país de Beulah, foco de la filosofía espiritual y de sus Maestros-Adeptos.

Después de eso, los descubrimientos de Röntgen, Crookes, Curie, han derribado los resistentes muros que rodeaban la ciencia, y Lodge, Liebault, Bernheim, Charcot, Rochas, William James, Federico Schiller y otros han abierto tales brechas en el departamento de los estudios de los poderes latentes en el hombre, que tenemos que reconocer que está próximo el día en que la ciencia antigua y la moderna se confundan.

Algunos de nosotros saben que mis indagaciones en la psicología práctica datan, como ya he dicho antes, de hace medio siglo; sobre este asunto no vuelvo sino para deciros que mis largas observaciones en el terreno del espiritismo, del mesmerismo, de la lectura del pensamiento y de la cura psíquica me han comparativamente facilitado la comprensión de la ciencia esotérica oriental, tal como me la exponía H. P. B. Semejantes observaciones son, en realidad, como las letras del alfabeto con que está escrita la Sabiduría Antigua.

*
* *

El enorme desarrollo y la vitalidad actual del movimiento teosófico han sido señalados más arriba. Puede uno encontrar una prueba evidente de esa vitalidad en el gran conjunto que forma la literatura teosófica, en la que, aparte de un gran número de cosas sin gran valor se halla una cantidad de preciosas enseñanzas. Es justo recordar que la fuente principal de esa literatura está en los escritos de H. P. B., y que si el movimiento actual es tan grande, es porque H. P. B. dejó tras de sí una inmensa reserva de verdades valiosas. Las gentes tenían

inclinación á criticar sus excentricidades y particularidades de carácter; se esforzaron en descubrir sus imperfecciones y sus faltas de este género ó del otro. Es más, actualmente se escriben todavía folletos infamantes contra ella. Sus amigos han pasado mucho tiempo en defenderla, y ahora, cuando ha desaparecido para nuestra vista, la grandeza de su alma y sus sorprendentes cualidades adquieren una evidencia más y más sorprendente.

En sus dos obras, *Isis sin Velo* y *La Doctrina Secreta*, ha dejado dos monumentos colosales que, como las pirámides de Egipto, transmitirán su nombre á través de las generaciones de estudiantes. Nosotros, colegas suyos, le somos deudores de una deuda que no podremos satisfacerla nunca. ¡Honremos y veneremos altamente su memoria!

Se sería muy injusto omitiendo de la lista de las influencias que han actuado en la edificación de centros sólidos en París, Londres, Amsterdam, Chicago y en otras grandes ciudades; se sería injusto, digo, omitiendo la participación tan importante que Annie Besant tiene en nuestra literatura teosófica. Encontrando sus asuntos en la obra de H. P. B., y añadiendo á ella el resultado de sus propias observaciones y pesquisas, Annie Besant ha enriquecido más que nadie nuestra literatura con grandes adiciones, que demuestran su gran poder de adaptación á la par que la profundidad de su pensamiento.

Tenemos también en Mr. Mead un erudito que está destinado ciertamente á ocupar un lugar elevado en la escuela moderna de las indagaciones científicas de los orígenes de las religiones.

Sería profundamente injusto no citar tampoco el nombre del Dr. Pascal, el escritor, el pensador, el trabajador tan conocido de todos desde hace tiempo; el del comandante Courmes, el seguro y leal colaborador de H. P. B. y de mí mismo desde 1884, colaborador cuyo celo no ha hecho más que aumentarse desde su retirada de la armada y que muestra abiertamente sus simpatías. Y, en fin, en lo que concierne á París, no quiero dejar en el olvido la profunda influencia que ha ejercido sobre la prosperidad de nuestro movimiento la asociación á nuestras filas de la familia Blech.

Podría igualmente enumerar una multitud de nombres de trabajadores de diferentes países que han ayudado á la Socie-

dad á ser lo que es; pero el tiempo me lo veda. Si dejo en tan breve resumen de hacer justicia plena á todos esos colaboradores, no los atormente, puesto que en «el libro del recuerdo de Akasha», la más pequeña de sus buenas acciones está inscripta para siempre por la pluma de Karma.

Algunos que no miran las cosas sino superficialmente se preguntan cómo existe una diferencia entre la obra de Annie Besant y la mía; por qué siendo ella un gran orador tratando cuestiones religiosas, yo no soy sino el «director ejecutivo» de la Sociedad. Bien; yo me pregunto, ante todo, si jamás se produjeron dos Annie Besant en la misma época. Ella es, efectivamente, una de esas flores de mentalidad que se elevan y florecen sobre el árbol de la humanidad; ella se ha adaptado á su papel especial y cumple la obra para la que su gran instructor H. P. B. no era apropiada.

Los dos fundadores de la Sociedad no se parecían en nada; una sola cosa les asemejaba: era su común devoción á los Maestros y á su causa. H. P. B. fué esencialmente el escritor, yo el organizador y el director ejecutivo. Así nos completábamos, y juntos logramos los éxitos que separados no hubiéramos podido obtener.

La misma observación es aplicable á todo el cuerpo de nuestros miembros..... No hay dos personas entre ellos que se parezcan; cada uno tiene sus dones especiales que le atañen cultivar y que usa tan activamente como puede para el bien de la Sociedad y afirmar su influencia en el mundo en provecho de la Verdad y de la Grandeza de la Humanidad.

H. S. OLCOTT

Presidente de la Sociedad Teosófica.

Paris 3 de Junio de 1906.

LEMURIA

LA CUNA DE LA PRIMER RAZA HUMANA

(CONCLUSIÓN)

Al principio, la tercer raza tuvo únicamente un ojo en medio de la frente, como lo ha descripto Annie Besant; pero luego fué reemplazado por los dos ojos que observamos después. Este ojo único hállase en el fundamento de todas las tradiciones acerca de los pueblos de un solo ojo, que constituyen la base de un gran número de obras sobre la historia antigua. Mad. Blavatsky nos dice que los gigantes de un solo ojo de la fábula griega—que fueron tres, según Hesiodo—representan las tres últimas subrazas lemurianas, en quienes se desarrollan los dos ojos tan sólo al principio de la cuarta raza.

El rasgo característico más pronunciado de los lemurianos fué su fuerza física, pues hemos de recordar que el cuerpo físico comenzó su desenvolvimiento por entonces, y el hombre no había alcanzado aún el más bajo extremo de materialidad ó densidad. Con el período de la tercer raza comienza, si así podemos decirlo, el período de transición entre la existencia puramante astral y la existencia puramente física. Hemos de recordar también que el desenvolvimiento de los reinos inferiores, animal y vegetal, corresponden con el humano; así entonces en los vegetales se dan los helechos gigantes, los pinos y las palmas, y los animales están representados por inmensos reptiles y gigantescas aves, y en el último período por los primeros mamíferos gigantes.

Scott-Elliot, en su *Lemuria desaparecida,* ofrece la siguiente pintura de un lemuriano de la última subraza, que es muy interesante, aunque no nos dice de dónde toma su descripción: «Su estatura era gigantesca, tenía unos doce ó quince pies. (Con respecto á esto creo que hay alguna discrepancia entre esta es-

tatura y la que nos enseña *La Doctrina Secreta* cuando Mad. Blavatsky nos habla de las estatuas de Bamian como representantes de las cinco razas. Estas estatuas disminuyen gradualmente de tamaño. La tercera, que representa á la tercera raza, tiene sesenta pies de elevación, refiriéndose á los primeros lemurianos, y su estatura decreció hasta veinte ó veinticinco pies cuando la destrucción de Lemuria.) Su piel era muy obscura, empezando en amarillenta para acabar en parda. Tenía una larga y caída mandíbula; una faz extraña y aplastada; los ojos pequeños, pero vivos, y dispuestos de un modo que le permitían ver en todos los sentidos, pues uno de ellos, en el cogote, donde no había cabello, percibía todo lo dispuesto en aquella dirección. En realidad no tenía frente, sino algo así como un rollo de carne donde aquélla debía estar. La cabeza se inclinaba hacia atrás y y hacia arriba en una dirección muy curiosa. Sus piernas y sus brazos eran muy largos, comparados con los nuestros; no podía estirar por completo los codos y las rodillas; sus pies y sus manos eran enormes y sus talones se dirigían hacia atrás de un modo muy brusco. Se cubría el cuerpo con una piel suelta, algo semejante á la de un rinoceronte, pero más escamosa, y propiedad acaso de algún animal del que únicamente nos queda hoy algún resto fósil. Sobre su cabeza, en la que el pelo estaba completamente corto, llevaba otra especie de piel, sujeta con algunos adornos de brillantes colores rojos y azules. En la mano izquierda llevaba un palo aguzado que, sin duda, utilizaba como arma de defensa y de ataque y que era tan largo como él era de alto. En la derecha sujetaba el extremo de una cuerda hecha de un vegetal, por la que guiaba á un enorme y horrible reptil, algo semejante al pleyosaurio. Los lemurianos domesticaban á esos animales y les adiestraban en la caza.»

Hablando de la quinta subraza nos dice que «los hombres vivían en chozas hechas rudimentariamente con troncos y ramas apiladas, viviendo al principio cada familia en su propio cercado. Depués constituyeron pequeñas comunidades, hicieron chozas con pedazos de piedra, y las armas de que se valieron contra las fieras eran de madera aguzada, se alimentaban de nueces y de bayas y de la carne cruda de los animales que mataban». Semejante estado de cosas representa los comienzos de la vida racional, que vemos reaparece en los primeros anales de nuestras presentes naciones civilizadas; señala también un

avance en la civilización en las últimas subrazas; así de los últimos lemurianos se habla en *La Doctrina Secreta* como de las más inteligentes é intelectuales. Hasta la sexta subraza no construyeron ciudades de piedra con guijarros y pedazos de lava, y los restos más antiguos de las construcciones ciclópeas nos dicen que tales obras son de las últimas subrazas. No debemos, por lo demás, imaginar que todas las naciones que vivieron sobre la tierra por entonces fuesen igualmente civilizadas. Algunas lo fueron más que ahora. En algunas partes, Mad. Blavatsky nos dice que los hombres preferían llevar una vida nómada y patriarcal; en otras, el hombre salvaje apenas llegó á conocer el uso del fuego y los medios de resguardarse de los elementos, mientras que otros, más altamente dotados de inteligencia, construyeron ciudades y cultivaron las ciencias y las artes. Las primeras de esas ciudades de piedra se construyeron en lo que ahora llamamos Madagascar; después se hicieron otras, de las que nos quedan ruinas y fragmentos de templos que los ingenieros modernos no pueden construir. Annie Besant nos habla también de esas piedras movedizas que leemos en *La Doctrina Secreta* que movían los lemurianos, y nos dice que, en realidad, eran algo así como los primeros sistemas telegráficos; los movimientos de ellos transmitían los mensajes, á la manera que la aguja de un telégrafo de Morse expide hoy día los despachos. Pero esas piedras, añade, no se alzaban por la mera fuerza muscular, ó por diestros aparatos, sino que se movían por los que entendían y podían dirigir las fuerzas del magnetismo terrestre; así es que las piedras perdían su peso y flotaban y se movían apoyando sencillamente un dedo sobre ellas. Esto nos lleva á considerar dos extremos muy necesarios para comprender la vida y el desenvolvimiento de la Lemuria.

Ya hemos indicado algo sobre los caracteres físicos de la raza; pero son más sorprendentes, y quizá del mayor interés, los de su desarrollo psíquico. Hemos hablado también del período lemuriano como de la transicción de la existencia completamente astral á la puramente física, y Mad. Blavatsky habla de esta raza como siendo astralmente tan consciente como físicamente, esto es, desde luego, en el primer período, pues descenvuelta gradualmente la naturaleza física, la conciencia va surgiendo por grados. «La civilización—dice—ha desarrollado siempre lo físico y lo intelectual al lado de lo psíquico y de lo

espiritual. El influjo y la guía sobre la naturaleza física fué innato y congénito y llegó el hombre así al pensamiento.» Así, mientras los consagrados al pastoreo en la comunidad gozaban en la práctica de tales poderes psíquicos como patrimoniales, los más intelectuales, que vivían una vida activa física, no podían alcanzarlos sino gradualmente; eso sí, fueron una raza altamente intuitiva, que respondió al impulso recibido de los séres divinos bajo cuya tutela la civilización lemuriana se desarrolló.

Comprenderemos, quizá, más correctamente el desenvolvimiento astral de los lemurianos si recordamos que en semejante período la raza humana no habia alcanzado aún el punto más bajo de materialidad, que estaba aún sobre el arco descendente del círculo del desenvolvimiento humano, lo que en comparación con el desenvolvimiento astral de hoy día acusa más bien un progreso en tal respecto. El intelecto se despertó precisamente en la mente del lemuriano, y el instinto, no la razón, fué hasta entonces el impulsor de las acciones. Esta es la característica de los primeros estados de la evolución; las facultades astrales que ellos ejercitaban no fueron en sentido alguno adquiridas por ellos mismos, sino que correspondían más bien á los instintos de su naturaleza, como ahora vemos en las clases más elevadas del reino animal. Annie Besant nos dice en *El estudio de la conciencia* que muchos de los más elevados animales poseen la visión astral, pero que ésta es una cosa muy diferente del desenvolvimiento de la facultad astral de los hombres más avanzados de nuestra quinta raza, pues es el resultado de una enseñanza y un esfuerzo consciente y puede sólo ocurrir cuando el espíritu comienza á triunfar sobre la materia en el largo conflicto existente entre ambos. En la época lemuriana el conflicto no hizo más que iniciarse, aunque conscientemente; á toda costa los innatos instintos astrales fueron sentenciados á desaparecer ante el avance de la materialidad para reaparecer tras largos períodos de inacción. Annie Besant trata sobre esa diferencia entre el primer y último desenvolvimiento astral en *El estudio de la conciencia,* mostrando cómo el yo, revistiéndose con un vehículo primero y después con el otro, adquiere facultades de conocimiento por medio de un proceso más limitado, mejor dicho, más reducido, y habiendo un decidido acrecentamiento en la exactitud de los detalles, la verdadera fun-

ción del vehículo físico es hacer más definitiva y clara la percepción; así que la pérdida en la amplitud de la visión no fué un paso hacia atrás, sino una adaptación mejor para la más perfecta conciencia de las cosas más inmediatas. El tercer ojo, dice, funcionaba en los lemurianos generalmente de un modo diferente por completo en la visión de los planos superiores, en los que adquiría de nuevo una actividad consciente. Pensando, pues, en los acontecimientos de aquellos días, en sus obras, de las que son un ejemplo las ya mencionadas piedras oscilantes, es menester ver alguna otra razón que los explique qué es la inteligencia del lemuriano.

Esa razón se halla en la existencia en la tierra de los Grandes Séres, como los Hijos de la Mente y los Reyes y Legisladores Divinos, y este es un punto que no debemos perder nunca de vista en el examen del primitivo desenvolvimiento humano. Nosotros, que hemos pasado ya otras vidas y experiencias, en las que hemos aprendido más ó menos las principales leyes del universo y los principios por que se rige nuestra propia conducta, podemos quizá realizar apenas la condición de la mente del primer lemuriano, en quien se despierta la conciencia de lo justo y lo injusto, ó más bien de ciertas reglas, ciertas causas y efectos que pueden desenvolverse después en el sentido del bien y del mal, pero que ellos únicamente consideraban como cosas de producción, placer ó pena. Abandonados á sí mismos, sin guía alguna, entregados á una ruda experiencia, debían haber pasado muchas edades hasta salir de ese estado de perplejidad é ignorancia; por eso hubo esos Genios y Maestros que guiaron á esas almas jóvenes en los primeros pasos del camino hasta que ellas pudieron alcanzar un conocimiento suficiente para saber al menos algo del sendero en que debían poner el pie. Así llegaron hasta ellas Séres de otras y más altas esferas; Séres que tenían hecho hacía tiempo los primeros pasos, pero que habían alcanzado ya la sabiduría y el talento, y que estamos muy lejos de concebir; que habían aprendido por completo á examinar las condiciones mentales y físicas; que tenían capacidad para enseñarlas á esas indisciplinadas y no desenvueltas inteligencias confiadas á su cargo, y sacar de ellas la reverencia y la obediencia, despojándolas de sus ímpetus, poniéndolas el pie firmemente en la empinada cuesta que habían de subir. Esos Grandes Séres, encarnados entre los hombres, afectando la for-

ma humana, vivieron entre ellos gobernando, enseñando y disciplinándoles en el arte de vivir. Ellos fueron los que les dieron las primeras instrucciones en los elementos de las artes y de la civilización, enseñándoles el uso del fuego, especialmente como un medio para la preparación del alimento, el uso de los metales en vez de las maderas, el hilado y el tejido de las telas para el vestido y el arte agrícola; así, pues, bajo su firme, pero cariñosa ley, se desenvolvieron las primeras civilizaciones; los primeros conocimientos sobre la naturaleza por ellos fueron manifestados; se despertó el primitivo instinto religioso, y la verdadera ausencia de experiencia personal y conocimiento les hizo á los hombres más intuitivos y aptos para recibir las impresiones provenientes de sus legisladores. —En el amanecer de su conciencia—dice Mad. Blavatsky—, el hombre de la tercera-raza-raíz no tenía creencias que pudieran llamarse *religión*. Esto es, no sólo ignoraba las «brillantes religiones llenas de pompa y oro», sino hasta todo sistema de fe ó de culto externo. Pero si el término se define, como la unión de las masas, en una forma de reverencia hacia los que sentimos superiores á nosotros, y de respeto como el sentimiento que expresa el niño hacia el padre amado, entonces, hasta los primeros lemures, desde el principio mismo de su vida intelectual, tenían una religión y una de las más hermosas. ¿No tenían ellos á los brillantes Dioses de los Elementos á su alrededor y hasta dentro de ellos mismos? ¿No pasaron su infancia, no fueron criados y atendidos por aquellos que les habían dado el sér y les habían traído á la vida consciente, inteligente? Se nos asegura que así fué, y lo creemos, pues la evolución del Espíritu en la Materia no hubiera podido tener nunca lugar, ni hubiese recibido su primer impulso si los brillantes Espíritus no hubiesen sacrificado sus creencias *supraetéreas* respectivas para animar al hombre de barro, dotando á cada uno de sus «principios» internos con una parte, ó más bien con un reflejo de esta esencia..... Aquellos remotísimos tiempos eran la *Edad de Oro,* la Edad en que los «Dioses andaban por la tierra y se mezclaban libremente con los mortales».

Hubo muchos grados entre esos Grandes Unos, alguno de los cuales vino á la tierra á continuar su propia evolución, y mientras ayudaban así á los que iban detrás, ellos encarnaban formando en las primeras filas de la humanidad—reyes y direc-

tores—, cifrando su ideal en esforzarse hacia las almas jóvenes, más como un ejemplo que como un precepto para aquellas inteligencias aún no desenvueltas. Pero los más grandes de esos Guías y Maestros de la raza humana fueron aquellos que no necesitaban de experiencia alguna sobre la tierra, sino que venían por amor y compasión á sacrificarse por la felicidad del propio estado, tomando la triste vida terrestre para ser canales de vida espiritual y fuerza para los hombres; así debían ir tras aquéllos, haciéndose maestros de las inteligencias infantiles, aceptando una vida de responsabilidad. Esos Grandes Unos—Señores de Sabiduría—venían, hemos dicho, del planeta Venus, el inmediato sistema planetario más desarrollado que el nuestro, trayendo consigo los resultados de sus grandes experiencias, «semillas de vida». Annie Besant dice en *La genealogía del hombre*: «Vida espiritual, vida intelectual y vida física», y menciona el trigo, las abejas y las hormigas como procedentes «de una esfera donde toda evolución ha progresado mucho más que en la nuestra, y en la que hasta los reinos de la vida animal y vegetal han alcanzado ya un elevado nivel».

Por ellos fué fundada la primer escuela de enseñanza oculta, la primer escuela de iniciación, cuyos miembros, una vez alcanzado el punto más alto en su evolución, fueron gradualmente habilitados para tomar puesto en el gran cuerpo de Auxiliares, por cuya influencia y por cuya ayuda humana debieron alcanzar el más elevado nivel de inteligencia y espiritualidad. La civilización que desarrollaron bajo esa divina ley estuvo llena de belleza, caracterizada por leyes benéficas y una sabia organización, por una parte, y por otra, por la docilidad y la obediencia. Pero este orden de cosas, por hermoso que fuera, no pudo ser muy permanente. La meta de la vida humana no es la creación de una raza que ciega é intuitivamente obedezca á sus jefes por sabios y amantes que puedan ser, sino la de una libre y responsable individualmente, libre para elegir y libre para rechazar lo que quiera; enseñada por la experiencia, y que pueda, entre las locuras y los errores, escoger el bien que conoce y que cree como tal, siendo firme é independiente, teniendo seguridad en sus elevados propósitos. Ese tiempo llegó, y la joven humanidad alcanzó experiencia y conocimiento, retirándose los benéficos Gobernadores Divinos, en apariencia tan sólo. Los Grandes Señores no vivieron largo tiempo de un

modo visible entre los hombres, pero aún quedaron sobre la tierra velando y guiando, invisibles, y la humanidad fué entregada á su propio curso, modelando su vida, según los preceptos inculcados por los Instructores Divinos. Pero con su desaparición, y por el gradual desarrollo del principio de individualidad y separación que adquirió en el curso de su evolución, llegó un tiempo de aparente retroceso. El hombre, dejado á sí mismo, en su ignorancia é inexperiencia, ni tuvo voluntad ni capacidad para mantener en su elevado curso sus recién adquiridos poderes, cayendo en los más bajos y sensuales fines, y vino un tiempo de degradación y decadencias que le condujo inevitablemente á la ruina de la raza lemuriana y á la destrucción del continente.

No necesitamos insistir más sobre esto; la raza descendió el arco de su ciclo, y vemos la misma cosa aparecer, ó menos señaladamente, en cada raza. Pues de la experiencia del consiguiente desastre, escogiendo lo más bajo más que lo más elevado de la sabiduría y de los errores de los lemurianos, se forma el camino para la grandeza de los atlantes. El mismo proceso, en verdad, reaparece en la cuarta raza; pero llegó á un más elevado nivel. No debemos olvidar que los mismos egos encarnaran una vez y otra vez en una raza y en otras; que nosotros mismos tomamos parte en las escenas representadas en aquellos días pasados, y que por la experiencia alcanzada hemos llegado á lo que ahora somos. Y así debemos continuar, pues tal es la ley de la evolución humana. Por nuestras vidas están moldeadas las condiciones de las razas hasta la que hemos llegado, según la medida de nuestros esfuerzos actuales será el punto de avance que ganemos, y hasta nuestras culpas, reconocidas y trascendidas, desenvolverán en nosotros cualidades que podrán ponernos en un buen lugar en la lucha de los días futuros.

Así es como la civilización lemuriana llegó á su fin y su vasto continente desapareció bajo el Océano. Annie Besant nos describe la catástrofe: «Gigantescas y crecientes convulsiones empezaron á agrietar á la Lemuria; los temblores sacudían la tierra, y los volcanes, reventando, arrojaban grandes torrentes de encendida lava. El enorme continente se dividió en grandes islas, cada una de ellas como un continente, y á su vez fueron agitadas por convulsiones, hasta que al cabo de unos 700.000 años antes del advenimiento de la época terciaria, la Lemuria

desapareció devastada por el fuego, regada por la lava, por grandes explosiones del mar, motivadas por el fuego al entrar en el agua, y entre crepitantes llamas se hundió isla tras isla entre el fuego y el mar.» Todos los rasgos de la raza lemuriana no desaparecieron sin embargo; se nos dice que muchas de las razas más inferiores que existen descienden de las últimas subrazas lemurianas; tales son los hotentotes y los aborígenes de Australia y de Tasmania, que se están extinguiendo. Con el avance de la evolución humana habrá menos egos sin progreso al hacer uso de esos tipos bajos de humanidad. El progreso es la ley de la vida. A las razas siguen las razas; cada una aparece sobre un nivel más elevado, aproximándose así más y más al Divino Ideal, hasta el día en que, conseguido todo el conocimiento y toda la virtud, no haya necesidad de más encarnaciones terrestres y la última de las razas humanas desaparezca porque su existencia física toque á su fin y lo humano haya llegado á ser uno con lo divino.

Marion JUDSON

LA GRAN PIRAMIDE

(CONTINUACIÓN)

VI.—DESCRIPCIÓN DEL INTERIOR

Hemos llegado ahora á una parte de nuestro trabajo que podemos considerar como la introducción á la comparación de las varias teorías que han surgido en el decurso del tiempo acerca del objeto de la Gran Pirámide.

Si se halló efectivamente debajo de ella, sobre la roca donde está erigida, un cuarto sepulcral, y si la pirámide misma hubiese sido en su integridad maciza, con un paseo conduciendo al mencionado cuarto, poca razón hubiese existido para ahondar en conjeturas respecto del objeto de la pirámide. Pero justamente por la disconformidad particular é idiosincrática que ofrece la Gran Pirámide en este punto ha llegado á ser objeto de los juicios y conjeturas más divergentes y la causa también de muchísimos escritos.

Las galerías de la Gran Pirámide tienen un aspecto muy particular con relación al interior de la misma. El hecho de en-

contrarse allí un sistema de cuatro galerías tan extensas solamente se conoce de poco tiempo á la fecha, y los autores de la antigüedad dicen muy poco sobre eso. Tan sólo después de la gran expedición de Napoleón el hecho adquirió una notoriedad más universal; así encontramos en la obra de Pancoucke, sobre la expedición á Egipto, una descripción razonable de esas galerías y cuartos. Con todo, no es sino en trabajos más recientes donde la descripción es mucho más detallada, á medida que lo exigieron las pruebas de las teorías emitidas por los autores sobre el simbolismo y el objeto de la pirámide.

Según los relatos más antiguos, el monumento estuvo cerrado hasta el año 830 de J. C., y el califa Al-Mamum fué el primero que penetró en ella por fuerza, pero no por la verdadera puerta de entrada, que no pudo encontrar. Ahora se conoce perfectamente. Se encuentra á cuarenta y siete pies y medio, poco más ó menos, sobre la base, entre los escalones quince y diez y seis. Parece que fué conocida por algunos griegos. Strabon parece indicarlo, pues dice: «A una cierta elevación, en la mitad de los dos lados, hay una piedra que puede sacarse, y que una vez fuera da una entrada pendiente á la tumba.» En otro lado dice: «Esta entrada se tuvo secreta.»

Es difícil averiguar hasta qué punto descansa sobre la verdad el relato del autor árabe Ibu Abd-Al-Hokm acerca de la entrada por fuerza en la pirámide. La mayoría de los autores no lo estiman de gran valor porque hay demasiados hechos que lo contradicen, y porque el mismo relato es demasiado fantástico. Es muy probable que durante el intento para examinar el interior del monumento, en vista de los tesoros que se suponían estaban escondidos allí, se descubrieran las galerías y los cuartos. Tal es también la opinión de Piazzi Smith, que da el resumen siguiente del relato árabe sobre este particular:

«Al-Mamum ordenó á sus obreros que empezaran el rompimiento á unos treinta pies sobre el suelo. Este trabajo era infinitamente más duro de lo que se había imaginado el califa, y sus hombres se rebelaron tratando de abandonar una faena que les pareció imposible. Al-Mamum les forzó á volver al trabajo que había resuelto concluir, y durante meses y meses se trabajó así, en apariencia, sin adelantar mucho. Los obreros quisieron dejar el trabajo de nuevo definitivamente, cuando oyeron de un modo casual como caer una gran piedra no lejos del lugar

donde trabajaban; se les hizo, empero, proseguir por la esperanza que permitía aquella dirección, y poco después pudieron penetrar en la galería por abajo, que probablemente había sido hollada ya por los visitantes griegos y romanos. En este instante, la piedra que había causado el ruido se les ofreció allí; era una piedra que formó parte del techo de la galería inferior. Así les pareció. Pero el pasillo estaba obstruído por las demás piedras que cayeron tras de la mencionada. Viendo los árabes la imposibilidad de echarlas á un lado, abriendo un camino á través de la piedra caliza, hiciéronse un paso hacia arriba, paso que es usado por los visitantes. Con esto quedó expedita la vía que lleva á las demás galerías y cuartos de la pirámide, pero no hallaron vestigio alguno de los tesoros.

»El califa no halló otro medio para calmar á los enfurecidos obreros que hacer enterrar durante la noche siguiente, al extremo del hoyo, un tesoro en la albañilería de la pirámide. Les hizo trabajar allí al otro día y, naturalmente, fué hallado, y cuando se contó, se vió que daba de un modo justo la suma gastada para la empresa. Como los obreros estaban pagados por su trabajo, la rebelión se calmó en seguida y el califa volvió á El Tossat.

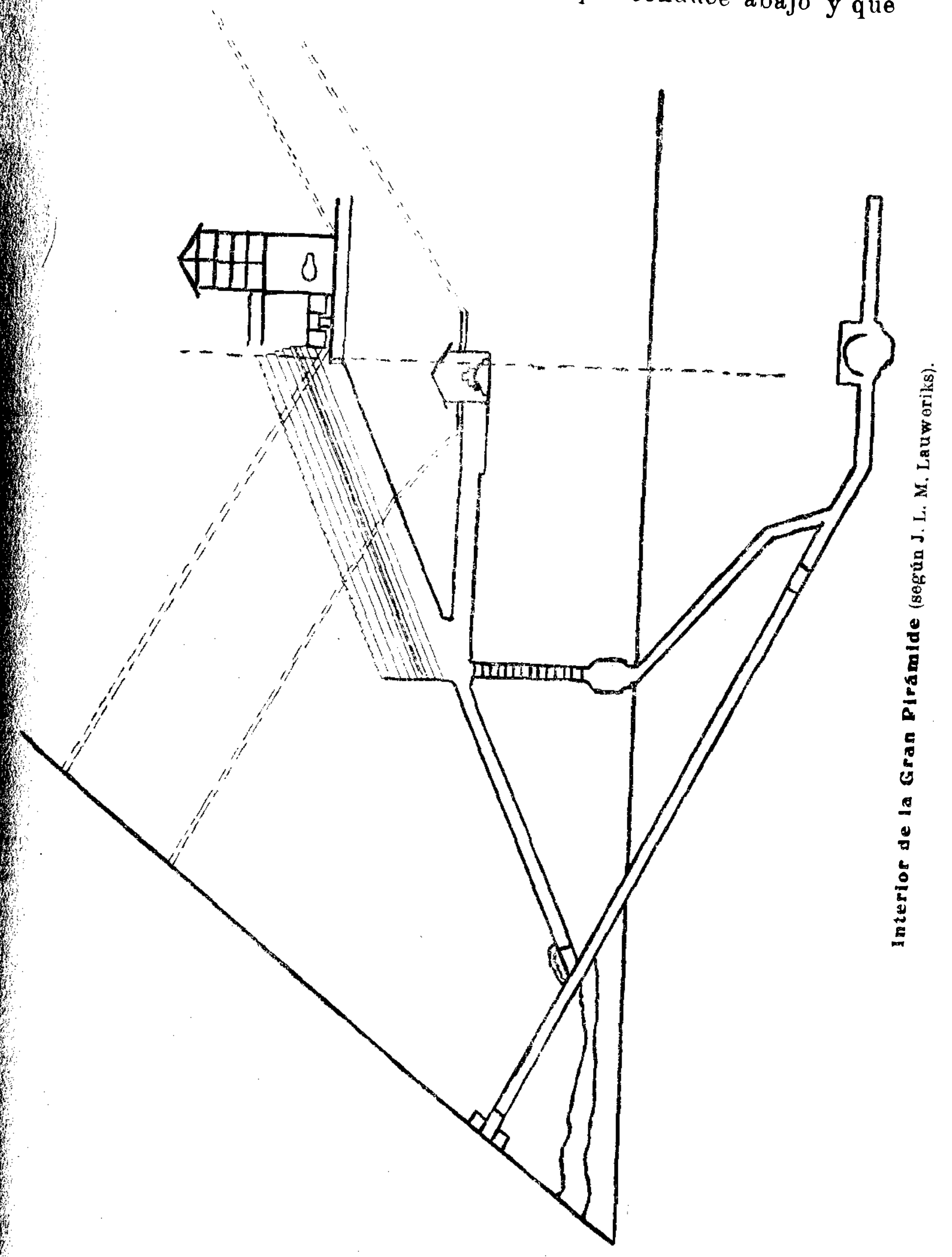
»Se había logrado una cosa: desde entonces, el interior de la pirámide quedaba abierto para visitantes posteriores. Algunos penetraron, y uno de los historiógrafos dice que «algunos salieron perfectamente, pero que otros murieron» (1).

El relato de esta intrusión al interior de la pirámide ha sufrido extrañas alteraciones en las manos de los autores árabes posteriores. Una de esas narraciones dice, por ejemplo, que los árabes, cuando penetraron en el *Cuarto del Rey,* encontraron en el sarcófago una estatua de piedra hueca, donde estaba el cuerpo de un hombre con coraza de oro, cubierta de piedras preciosas. Una espada de valor incalculable reposaba sobre su pecho, y al lado de la celada se encontró un carbunclo del tamaño de un huevo. Autores posteriores estimaron después muy poco esos relatos, y dudaron que Al-Mamum dirigiese la ejecución de tal obra, pues no estuvo bastante tiempo en Egipto. Sea de esto lo que quiera, la pirámide está ahora abierta para las pesquisas en su interior, y la parte conocida, gracias á ello, ha sido medida y examinada repetidas veces.

(1) PIAZZI SMITH. *Our Inheritance in the Great Pyramid,* pág. 85-93.

El dibujo adjunto da una idea de las galerías y los cuartos descubiertos.

En primer lugar vemos la galería que conduce abajo y que



Interior de la Gran Pirámide (según J. L. M. Lauweriks).

desciende bastante. Su inclinación es de 26° 28′ (1); la longitud total señala 320 pies y 10 pulgadas, y debió ser originariamente de unos 343 cuando la entrada estuvo intacta. Su altura es de 47 pulgadas y la anchura de unas 41. Después de descender 63 pies se encuentra la entrada que conduce á la galería de arriba. La pendiente de ésta difiere de la anterior; su inclinación es de unos 26°. La longitud es de unos 124 pies, siendo iguales su anchura y altura á las del paso inferior. Al término de ella se halla dispuesto un tablado, un pozo á la derecha, y en dirección austral la galería que conduce al cuarto de la Reina, de la que es una continuación este paseo. La galería horizontal tiene 109 pies de longitud, 3 pies y 10 pulgadas de elevación en la parte anterior y 5 pies y 8 pulgadas en la posterior. La profundidad del pozo es de 191 pies y medio, de los cuales, 148 y medio están tallados sobre roca viva. En el interior tiene entalladuras en las paredes para subir con las manos y los pies. El cuarto de la Reina tiene 17 pies y 10 pulgadas de largo, 16 pies y una pulgada de ancho y 19 pies y 5 pulgadas de elevación. En el lado oriental del cuarto hay una hoquedad, que algunos autores sospechan la hicieron los árabes, y otros creen que debió partir de ella un paso escondido que condujo á la esfinge ó á otro lugar oculto.

Del tablado sale la galería más notable de toda la pirámide, que se conoce como la Gran Galería. Mide unos 150 pies (50 metros) de longitud, y tiene 27 pies y 6 pulgadas (unos 9 metros) de elevación. Su interior es de una perfecta belleza. John Greaves, conocido autor que ha estudiado la Gran Pirámide, lleno de admiración por ella decía: «Por su arte y por la riqueza de sus materiales no es inferior á cualquier otro bellísimo edificio.» En otra parte indica que «la mano de obra es extraordinariamente hábil». Es, sobre todo, muy digno de atención el techo, que consiste en siete capas, en las que la siguiente sobresale de la anterior, mientras en ambos lados, hasta el suelo, hay una suerte de banco corrido que llena toda la longitud de la galería. En las paredes hay 26 agujeros ó entalladuras en un lado y 28 en el otro.

En el suelo están cortadas las escaleras, obra, naturalmen-

---

(1) Los ángulos y medidas que ofrecemos aquí son los medios, pues cada autor da, por lo general, otras medidas. Las consignadas en el texto están tomadas de la obra de Bonwik, *Pyramid Facts and Fancies*.

te, posterior, para dar un acceso más fácil á los visitantes, lo que sería de otra manera muy incómodo. En el otro extremo de la galería hay una piedra de 7 pies y medio de altura. Una vez que se está sobre ella se llega á un paso muy estrecho que da acceso á una antecámara y luego á otro pasillo también muy corto. Hay un paso bajo el granito que debe permitir arrastrarse á gatas hasta la piedra que está colgada entre las paredes á modo de una puerta caediza. Más adelante hay otro pasillo que da acceso al cuarto Real. La piedra colgada supónese que debía servir de cerradura. La longitud total de esta entrada es de 22 pies. En la antecámara se observan varias entalladuras, en las que probablemente también debían hallarse piedras caedizas.

A pesar de los muchos estragos, el cuarto Real es una obra bellísima, toda de granito. Sus paredes están formadas por grandes tallones de 20 pies de altura imperceptiblemente ensamblados. No hay nada en él más que el sarcófago tantas veces mensionado. Greaves da una entusiasta descripción de este cuarto, del que dice: «Este cuarto, espacioso y rico, donde el arte ha competido con la naturaleza, pues el trabajo no es inferior á la riqueza de los materiales, es como el corazón de la pirámide. Se halla á igual distancia de los lados y casi en el promedio de la cúspide y de la base. El suelo, las paredes y el techo están hechas de grandes piedras graníticas.» Concluye más adelante llamándolo «espléndido». En el cuarto se hallan todavía dos canales ventiladores que se descubrieron bastante tarde. Uno de ellos corre por el lado septentrional de la pirámide y el otro por la parte meridional. La inclinación del primero es de unos 83°; la longitud del meridional, según medida, es de 233 pies; su apertura está hecha á tres pies sobre el suelo.

El sarcófago del cuarto Real es completamente de mármol de pórfiro. Tiene 6 pies y medio de largo y 26,6 pulgadas de ancho. Es de notar que es demasiado grande para transportarlo por los paseos hasta el cuarto; supónese, pues, que se le bajó hasta su sitio antes de cerrar el techo y que se acabase la pirámide.

No tiene tapa el sarcófago, ni hay indicio de que la haya tenido alguna vez. Este hecho ha producido muchas diferencias entre los doctos, sobre si fué ó no fué usado para contener una momia. En la actualidad está considerablemente deteriorado, aunque los viajeros de siglos anteriores le denuncian como intacto en su tiempo. Su espesor es de unas cinco pulgadas y tie-

ne una gran dureza. Cuando se le toca con algún trozo de metal suena como una campanilla. El aspecto de la piedra pulimentada es como el de un vidrio azoteado con manchitas negras, blancas y coloradas. Pero actualmente, repito, está considerablemente estropeado y muchas personas se escandalizan de ello cuanto es posible. Bonwik, en su *Pyramid Facts and Fancies,* se expresa así sobre este particular: «Este vandalismo empezó únicamente con la irrupción de los europeos y de un modo más principal con las visitas de ingleses y americanos á esos lugares. No se contentaban con cortar grandes pedazos del exterior de la pirámide, y este precioso monumento, que los mismos turcos no hubiesen querido profanar ó estropearlo, comenzó á sufrir la suerte ordinaria de las reliquias en manos de admiradores y de ladrones de ellas.» Más adelante añade: «A excepción de un pedacito, el sarcófago estaba intacto hace sesenta años; pero ello es que ahora, cuando le miren desconchado y roto como está, los naturales deben enrojecer y sentir vergüenza de la civilización occidental. A mí mismo, uno de los guías me preguntó si quería que cortase un pedazo. Si no hay una persona que cuide de la conservación, con esa especulación de los indígenas á franco el pedazo arrancado, ¿cómo ha de maravillarse uno de la desaparición y destrucción de esta misteriosa y magnífica arca?»

Encima del cuarto Real encuéntranse cinco cuartos pequeños, á los que se puede pasar por una abertura que hay en el techo. Esos cuartos se llaman de Davison, del Duque de Wellington, de Lord Nelson, de Lady Arbuthnot y del Coronel Campbell. El primero fué descubierto en 1763 por Davison; los demás lo fueron en 1837 por el coronel Howard Vyse. Los cuartos están separados por paredes de granito, pulimentado en la parte posterior y sin pulir en su parte baja. El último cuarto, ó sea el quinto, tiene un techo formado por dos baldosas colocadas oblicuamente. La altura de todas esas habitaciones es de unos 69 pies en su conjunto.

Las principales autoridades sobre este asunto están casi de acuerdo en que se ha de buscar la razón de la construcción de esos cuartos en el propósito de los arquitectos de aliviar el peso sobre el techo, á fin de que el cuarto Real no tuviese una carga muy pesada.

Estos son los cuartos y paseos que se han descubierto hasta

ahora en la parte de la planta de la pirámide. En la parte roqueña hay todavía otro cuarto, situado al extremo del paseo que va hacia abajo. En frente se halla otro paseo sin salida.

Tal es, pues, el esbozo breve y sencillo del inexplicable y complicado sistema de cuartos y galerías de la Gran Pirámide que hasta el presente se han descubierto. Y digo hasta el presente porque creo de un modo positivo que hay más cuartos y galerías, y esto es fácil de comprender, porque como se dice en el ya citado *Pyramid and Stonchenge,* Koefoc cerraba parte de los cuartos. Y quizá no se descubrirán jamás, lo que acaso es un bien, ya que el interés por un examen más detenido se ha enfriado considerablemente. Tal clausura no debió efectuarse sin razón, y así como las galerías y los cuartos conocidos fueron solamente descubiertas y examinadas cuando eso podía hacerse sin dificultad alguna, del mismo modo ocurrirá con las partes hasta ahora desconocidas. Ahora reconoceremos cómo podemos formarnos algún juicio sobre estos problemas. ¿Cuándo fué edificada la pirámide? ¿Quién la hizo? Y lo que dicen varios autores con respecto al problema sobre su por qué, sobre el que no hay opiniones más divergentes que acerca del objeto de un edificio como el de este monumento.

Ahora veremos lo que se dice sobre este particular.

(Continuará.) **H. J. GINKEL.**

Versión española del holandés, por **R. LENSSELINK.**

SWEDENBORG

Entre las personas eminentes, aquellas que son más queridas de la humanidad no son las de la clase que los economistas llaman productora; no tienen nada en sus manos; no cultivaron trigo ni hicieron pan; no colonizaron ni inventaron fábricas. La clase más alta en la estimación y en el amor de esta raza constructora y mercantil que se llama humanidad son los poetas, los cuales, desde su intelectual reino, nutrieron el pensamiento y la imaginación con ideas y pinturas que elevan á los hombres muy por encima de este mundo material y los consuelan de las cotidianas mezquindades y de la bajeza del trabajo y del tráfico. También el filósofo tiene su valor halagando el en-

tendimiento del hombre trabajador y mostrándole sus nuevas facultades. Otros construyen ciudades; él las comprende y las guarda. Pero hay otra clase que nos eleva á otra región más elevada, al mundo de la moral y de la voluntad. Lo más singular de esta región son sus altas aspiraciones. Donde quiera que entra el sentimiento de lo recto toma la presidencia de todo. De las demás cosas hago poesía; pero el sentimiento moral hace poesía de mí mismo.

Muchas veces he pensado que haría un gran beneficio á la moderna crítica quien bosquejara el paralelo entre Shakespeare y Swendenborg. La mente humana está siempre perpleja; pide entendimiento, pide santidad, y no se contenta con lo uno sin lo otro. Todavía no ha venido al mundo el armonizador de ambas cosas. Si nos cansamos de los santos, Shakespeare es nuestro refugio. Sin embargo, el movimiento instintivo de hoy demuestra que el problema de la esencia es antes que los demás. *Qué es,* es antes que *De dónde viene* y *A dónde va.* La solución de estas cuestiones debe hallarse en la vida y no en el libro. Un drama ó un poema es una respuesta aproximada ú oblicua; pero Moisés, Manú, Jesús, trabajaron directamente en la solución del problema. El horizonte del sentimiento moral es una región de grandeza que reduce á juguete toda material magnificencia, mientras que abre á los míseros mortales las puertas del universo. Lo moral se apodera del hombre. Según el Korán, «Dios dice: cielos y tierra y todo lo que hay en ellos, ¿pensáis que hemos creado por juego y que no habéis de volver á nosotros?» La moral es el reino de la voluntad, é inspirando á ésta que es el asiento de la personalidad, parece convertir al universo en persona:

Los reinos del sér á ningún otro acatan,
no sólo son tuyos, sino que son Tú.

Todos los hombres somos dirigidos por los santos. El Korán distingue dos clases de santos: los que son buenos para sí y los que hacen buenos á los demás. Y dice que estos últimos son la tendencia de la creación, y son admitidos por su propio derecho en el festín del sér, llevando en su cortejo á los otros. El poeta persa dice á un alma de esta clase:

Anda á gozar del real banquete;
tú eres llamada; las demás van por ti.

Privilegio es de estos hombres penetrar los secretos de la naturaleza por un método más alto que la experiencia. Lo que suele aprender uno por su experiencia, éstos lo adivinan. Dicen los árabes que Abul-Khain, el místico, y Abu-Ali-Secua conversaban un día, y el filósofo dijo: «Todo lo que tú ves yo lo sé.» Y replicó el místico: «Todo lo que tú sabes yo lo veo». Si quisiéramos preguntar la razón de esta intuición acudiríamos á lo que Platón llama *reminiscencia* y los Brahmanes *transmigración*. Después de «viajar el alma por el camino de la existencia en millares de nacimientos», y después de haber visto las cosas según son, así las de los cielos como las de la tierra, nada hay que no haya aprendido, y no es de maravillar que al mirar una cosa se acuerde lo que sabía. «Porque estando todas las cosas en la naturaleza enlazadas y relacionadas, y habiéndolas conocido todas el alma, nada impide que el hombre que recoge su mente en la meditación de una cosa recobre todos sus antiguos conocimientos y los reproduzca, si tiene valor y no desmaya en el camino, ya que toda nuestra investigación y aprendizaje no es más que reminiscencia.» ¡Cuánto más si quien investiga es un alma santa y semejante á Dios! Porque asemejándose al alma original en quien subsisten ó por quien subsisten todas las cosas, debe el alma del hombre volar más fácilmente á las cosas y las cosas á ella, y mezclarse y simpatizar en estructura y en leyes.

El camino es difícil, secreto y cercado de terror. Los antiguos le llamaban *éxtasis* ó ausencia, viaje del cuerpo al pensamiento. Toda historia religiosa conserva huellas del arrobamiento de los santos, cierta beatitud, pero sin ninguna señal de alegría, ardiente, solitaria, quizá molesta. Plotino lo llamaba «vuelo del solitario al solitario»; Μύεσις, cerrar de ojos, de donde viene nuestro nombre *mystica*. Los arrobamientos de Sócrates, Plotino, Porfirio, Bohmen, Bunyan, Pox, Pascal, Guyón, Swedenborg, acuden fácilmente á la memoria. Pero tales éxtasis suelen ir acompañados de enfermedad. La beatitud viene con el terror y estremece la mente del receptáculo. «Revıste de greda la habitación» y enloquece al hombre, es decir, le da cierta violenta inclinación que empaña su juicio. En los más genuinos ejemplos de iluminación religiosa mezclóse siempre algo de enfermizo, á despecho del incuestionable aumento de poder metal. ¿Es que el más alto bien ha de arrastrar consigo una cualidad que le neutralice y en algo le desvirtúe?

En realidad, toma
de nuestras perfecciones, cuando obra en lo sublime,
el tuétano y meollo de nuestros atributos.

¿Hemos de decir que nuestra económica madre desembolsa tanto de tierra y tanto de fuego, con peso y medida para hacer un hombre, sin añadir un adarme, por más que las naciones perezcan por falta de un guía? Quizá por esto los hombres de Dios logran su ciencia á costa de locura y de dolores. Si queréis que el cerebro sea de diamante, es preciso que los demás órganos sean más groseros; en lugar de porcelana serán de arcilla ó de barro.

En los tiempos modernos no ha habido tan notable ejemplo de vida interior como Manuel Swedenborg, nacido en Stokolmo en 1688. Este hombre, á quien sus contemporáneos tuvieron por visionario y lunático, llevó la vida más real del mundo, y ahora, cuando los Federicos, Christianes y duques de Brunswick han caído en el olvido, aquél comienza á difundirse en la mente de la humanidad. Como suele acontecer en todos los grandes hombres, tenía tal variedad y altura de facultades, que parecía compuesto de muchas personas, á la manera que los frutos gigantes provienen de la unión de cuatro ó cinco flores. Tiene las ventajas del gran tamaño. Así como la reflexión en espejos cóncavos, si son grandes, aunque tengan algún agujero ó mancha, es más fácil de ver que en las pequeñas gotas de agua, así los hombres de gran calibre, aunque tengan alguna excentricidad ó locura, como Pascal ó Newton, valen mucho más que las inteligencias equilibradas, pero mediocres.

Su juventud y educación no dejaron de ser extraordinarias. No sabía jugar ni danzar, sino que cavaba en minas y montañas, y oraba en la química y en la óptica, en fisiología, matemáticas y astronomía, para hallar imágenes adecuadas á su versátil y capaz cerebro. Estudió y se educó en Upsala. A la edad de veintidós años le nombró Carlos XII asesor del Consejo de minas. En 1716 dejó á su patria por cuatro años, y visitó las Universidades de Inglaterra, Holanda, Francia y Alemania. En 1718, en el sitio de Fredericshall, hizo una notable obra de ingeniería para arrastrar por 14 millas de tierra las galeras, cinco barcas y una corbeta, en servicio del rey. En 1721 viajó por Europa para examinar las minas y fundiciones. Publicó en 1716 su *Daedalus hyperboreus*, y desde entonces hasta el 1730 estuvo

dedicado á la composición y publicación de sus obras científicas. Con tal fuerza adquirida se puso á estudiar Teología, en 1743, á los cincuenta y cuatro años de edad, año de su iluminación, como él dice. Toda su metalurgia y su arrastre de navíos por tierra fué absorbido por este éxtasis. Cesó de publicar libros científicos, se apartó de sus trabajos prácticos y se consagró á escribir y editar sus voluminosas obras de Teología, que fueron impresas á costa suya, ó del duque de Brunswick ó de otro príncipe, en Dresden, Leipzig, Londres ó Amsterdam. Más tarde dimitió su cargo de asesor, siéndole pagada su asignación durante su vida. Sus deberes le habían hecho adquirir intimidad con Carlos XII, quien le consultaba y honraba mucho. El mismo favor le dispensaba su sucesor. En la Dieta de 1751, según dice el conde Hopken, presentó sólidos memoriales de Hacienda pública. Parece que en Suecia logró gran respeto. Su rara ciencia y habilidad práctica, con la fama de dones sobrenaturales, llevaba á sus puertas reinas, nobles, clerecía, constructores de buques y la gente del pueblo por donde quiera que pasaba. El clero intervino un poco cuando la publicación de sus obras religiosas; mas parece que él se valió de amigos influyentes. No se casó nunca. Fué de gran modestia y gentileza en su porte. Sus costumbres eran sencillas. Se mantenía con pan, leche y vegetales; vivía en una casa rodeada de un gran jardín; vino muchas veces á Inglaterra, donde parece que no llamó la atención de los instruídos, y murió de apoplejía en Londres, en 29 de Marzo de 1772, á la edad de ochenta y cinco años. Se sabe que vivió en Londres con costumbres pacíficas y clericales, no despreciando el té y el café, y mostrando gran cariño á los niños. Llevaba espada en los días de gran gala, y cuando salía de paseo le acompañaba un gracioso perrito. Se le retrata vestido de levita y peluca y con aire distraído.

El genio que había de impregnar la ciencia de las edades con otra más sutil que había de traspasar los límites del espacio y del tiempo, que había de aventurarse por los tenebrosos reinos del espíritu é intentar el establecimiento de una religión en el mundo, comenzó sus estudios en las minas y talleres, en las fundiciones y yunques, en los arsenales y salas de disección. Nadie es capaz de juzgar el mérito de sus obras en tan diversas materias. Sus libros de minerales y de metales son muy estimados hoy por los peritos en estas materias. Parece que se

anticipó en muchas cosas á la ciencia del siglo XIX; adivinó en astronomía el descubrimiento del séptimo planeta; indicó el origen solar de la tierra; en el magnetismo previno importantes experimentos y conclusiones de los modernos; en química adivinó la teoría atómica; en anatomía, los descubrimientos de Schlichting, Monro y Wilson, y fué quien primero demostró la función de los pulmones. Su excelente edición inglesa no hace caso de estos descubrimientos, porque él era demasiado grande para cuidar de ser original; pero nosotros podemos juzgar, por lo que desperdicia, de lo que queda.

Su alma colosal abarca todo su tiempo y requiere cierta distancia focal para ser vista; demuestra como Aristóteles, como Bacon, Seldem, Humboldt, que es posible cierta inmensidad del saber, cierta omnipresencia de la mente humana en la naturaleza. Su seberbia especulación, como desde una alta torre acerca de la naturaleza y de las artes, sin perder nunca de vista la contextura é ilación de las cosas, realiza la pintura que él mismo hizo en su *Principia* de la original integridad del hombre. Más que sus particulares descubrimientos, debe estimarse el mérito de su perpetua ecuanimidad. Una gota de agua tiene las propiedades del mar, pero no sus tormentas. Hay belleza en un concierto como en el sonido de una flauta; hay fuerza en un huésped como en un héroe; y en Swedenborg, aquellos que están familiarizados con los modernos libros, admirarán el mérito de su enorme masa. Un megaliosaurio y mastodonte de la literatura no puede ser medido por los alumnos todos de un colegio. Su animosa presencia estremece las togas de la Universidad. Nuestros libros son falsos porque son fragmentarios; sus sentencias son frases y no partes del discurso; no contienen más que expresiones infantiles de alegría ó de placer en la naturaleza, ó tal vez una breve petulancia y cierta aversión al orden natural, ó alguna curiosidad ó singularidad hecha de propósito para excitar sorpresa, como cuando los prestidigitadores ocultan sus medios. Pero Swedenborg es siempre sistemático y respetuoso con la humanidad; presenta todos sus medios ordenados; ejercita sus facultades con puntualidad astronómica, y su admirable estilo está libre de petulancia y egotismo.

Swedenborg nació en una atmósfera de grandes ideas. Es difícil decir cuáles son las propias suyas. Su época fué dignificada por las más nobles pinturas del universo. El robusto mé-

todo aristotélico, con su amplitud y universalidad, que avergüenza á nuestra estéril y lineal lógica con su genial radiación; que conversa con series y gradaciones, con afectos y fines; que es ingenioso para discernir entre el poder y la forma y entre el accidente y la esencia, y para abrir con su terminología y definiciones anchos caminos en la naturaleza, acababa de producir una raza de filósofos gigantes. Harvey había demostrado la circulación de la sangre; Gilbert había probado que la tierra es un imán; Descartes, fundándose en el imán de Gilbert, había llenado á Europa con su pensamiento-madre del movimiento vortical como fundamental secreto de la naturaleza. Newton, en el mismo año que nació Swedenborg, publicó su *Principia* y estableció su doctrina de la gravitación universal. Malpighi, siguiendo las sublimes enseñanzas de Hipócrates, Leucippo y Lucrecio, había confirmado el dogma de que la naturaleza trabaja en lo mínimo, *tota in minimis existit natura*. Hábiles disectores como Swammerdam, Lecuwenhoek, Winslow, Eustachius, Heister, Vesalio, Boerhaave, no dejaron nada por descubrir al escalpelo ó al microscopio en anatomía humana ó comparada. Linneo, su contemporáneo, afirmaba en su hermosa ciencia que «la Naturaleza es siempre semejante á sí misma»; y por último, Leibnitz y Christian Wolff exhibieron en su *Cosmologia* nobleza de método y aplicación de amplios principios, mientras que Loke y Grocio bosquejaban la ciencia moral y política. ¿Qué quedaba á un genio de gran calibre sino ir por el terreno ya trillado y comprobar y armonizar? Fácil es ver en aquellos genios el origen de los estudios de Swedenborg y la sugestión de sus problemas. Él tuvo la capacidad de comprender y vivificar sus obras. La proximidad de tantos genios nos demuestra en Swedenborg la gran dificultad de ser original, de descubrir por vez primera una ley de la Naturaleza.

Llamó á sus asuntos favoritos doctrina de las Formas, doctrina de las Series y Gradaciones, doctrina del Influjo, doctrina de la Correspondencia. El desarrollo de estas doctrinas hay que estudiarlo en su libro. No todos pueden leerlo; pero el que pueda será recompensado. Sus obras de teología ilustran á éstos. Sus escritos serían una librería suficiente para un estudiante empollón y atlético. Su *Economia del reino animal* es uno de los libros que honran al pensamiento y á la raza humana. Para algo estudió minerales y metales. Sus variados y sólidos conocimien-

tos dan lustre á su estilo y le aguzan; parece su lenguaje una mañana de invierno, con el aire lleno de agudos cristalitos de hielo. El grandor de la materia da grandeza á su estilo. Era apto para la cosmología á causa de su innata percepción de la identidad, que no hacía aprecio del tamaño. En un átomo de limaduras de hierro imantadas vió la cualidad engendradora del movimiento espiral en el sol y en los planetas.

Los pensamientos de su vida fueron: la universalidad de cada ley en la naturaleza; la doctrina platónica de la gradación; la conversión de cada cosa en otra y la correspondencia de todas las partes; el secreto de cómo lo pequeño explica lo grande y lo grande lo pequeño; la centralidad del hombre en la naturaleza, y la conexión que hace subsistir las cosas; vió que el cuerpo humano es realmente universal, es un instrumento por medio del cual el alma siente al conjunto de la materia y es sentida por ésta, de tal manera, que al revés de los escépticos, creía que «cuanto más sabio es un hombre, tanto más adorador es de la divinidad». En suma, él creía en la filosofía de la identidad, y no como los soñadores de Berlín ó de Boston, sino por experiencia propia y por largos años de trabajo, y con el corazón y valentía de un soldado que va á la batalla.

Esta teoría data de los más antiguos filósofos y se ilustra con los más modernos. Es que la Naturaleza repite su acción. Según el antiguo aforismo, «es siempre semejante á sí misma». En la planta, la primera yema produce una hoja, luego otra hoja, que luego se convierte en raíz, estambre, pistilo, pétalo, bráctea, sépalo ó semilla. Todo el arte de la planta es repetir hojas y hojas sin fin, determinándose su forma por la mayor ó menor cantidad de calor, de luz, de humedad y de alimento. En el animal, la naturaleza hace una vértebra ó una espina dorsal de vértebras, y luego otra espina, con limitado poder de modificar su forma, y así de espina en espina hasta el fin del mundo. En nuestros días, un anatomista poeta enseña que la serpiente, que es línea horizontal, y el hombre, que es línea vertical, constituyen ambos un ángulo recto, y que entre las líneas de este místico cuadrante hallan lugar todos los animales; y observa que la oruga y el escarabajo son el tipo ó predicción de la espina dorsal. Evidentemente, en una extremidad de la espina dorsal puso la naturaleza otras espinas, que son los brazos, y después de éstos otras espinas, que son las manos, y lo mismo en

la otra extremidad las piernas y los pies. En la cima de esta columna coloca otra espina que se dobla y se abarquilla y forma el cráneo, cuyas manos son la mandíbula superior y sus pies la mandíbula inferior, estando representados los dedos por los dientes de arriba y los de abajo. Esta nueva espina está destinada á más altos usos; es un hombre nuevo subido á los hombros del otro. Casi puede desechar al tronco y acostumbrarse á vivir solo, según la idea de Platón en el *Timeo*. Dentro de esta espina craneal se repite en grado eminente todo lo que sucede en el tronco. Es que aquí la Naturaleza recita su lección de mejor modo. La mente es un cuerpo más fino y resume sus funciones de nutrirse, digerir, absorber, eliminar y engendrar. Aquí, en el cerebro, se repite todo el proceso de la alimentación, adquiriendo, masticando, digeriendo y asimilando experiencia. Aquí se repite el misterio de la generación; en el cerebro hay facultades machos y facultades hembras. Hay casamiento, hay prole, y no tiene límite esta escala ascendente; todo series, series y series. Cada cosa, una vez usada, sirve para otra y luego para otra, repitiendo cada serie el órgano y proceso de la anterior. Estamos adaptados á lo infinito. Bien hacemos en no contentarnos con nada que tenga fin; en la naturaleza no hay fin, sino que cada cosa, al finalizar un uso, es elevada á otro superior, y esta ascensión de las cosas llega hasta las naturalezas angélicas y celestes. La fuerza creadora repite siempre, sin cansarse, un mismo cántico, ya en tono alto, ya en tono bajo, unas veces en solo y otras en coro, hasta que esta maravillosa música llena los cielos y la tierra.

(Se concluirá.)

R. V. EMERSON

RAMAS LATINO-AMERICANAS

SECCIÓN CUBANA. — Creada en 7 de Febrero de 1905.

RESIDENCIA	NOMBRE	FECHA	PRESIDENTE	SECRETARIO	DIRECCIÓN DEL SECRETARIO
San José de Costa Rica (América Central)	Virya	1-6-1904	"	"	"
Habana (Cuba)	H. S. Olcott	25-1-1905	"	"	"
Habana (Cuba)	Annie Besant	1903	D. José María Massó	"	Presidente, Apartado 365, Habana (Isla de Cuba).
Habana (Cuba)	Concordia	17-11-1902	D. Hipólito Mora	D. Rafael Albeary Saint Just	Calle Manrique, 80, Habana (Isla de Cuba).
Cienfuegos (Cuba)	Sophia	29-10-1902	D. José Torrado y G. Llorente	D. Ignacio Hernández y Hernández	Cienfuegos (Cuba).
Banes	Fraternidad	1903	D. Manuel Moreno Solana	"	Banes.
Duruty	Progreso	9-5-1905	D.ª Rosalía Cabrera y Triana	D.ª Josefa Sánchez	Apartado, 7, Banes.
Sanctispiritus (Cuba)	Bhakti Gyan	14-1-1904	"	"	"
Santiago de Cuba	Kriya	3-10-1905	D. Antonio Gola	D. Leonardo Griñan	San Agustín, 9, Santiago de Cuba.
Id. id.	H. P. Blavatsky	3-10-1905	D.ª Mariana de Limonta	D.ª María de Limonta	San Juan Nepomuceno, 52, Santiago de Cuba.
Alto Songo (Cuba)	Jesús	13-10-1905	D.ª María Avila Romero	D.ª Elena Hernández Avila	Alto Songo, La Patera, provincia de Santiago de Cuba.

Secretario general de la Sección Cubana: **D. JOSÉ MARÍA MASSÓ, Apartado 365, HABANA (Cuba).**

NOTA. *Se suplica á los lectores de* **Sophia** *remitan cuantas rectificaciones se les ocurran sobre los anteriores datos, á D. Manuel Treviño, Secretario de la Rama de Madrid, y cuya dirección encontrarán en las cubiertas de esta Revista.*

Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.